

José Asunción Silva

ESCRITOR AMERICANO



Francisca Noguero,
profesora de literatura de
la Universidad de Sevilla

En estos minutos reivindicaré la figura de Silva como escritor americano a partir de la lectura de su novela *De sobremesa*, obra de problemática composición que contó con una primera versión de 1887, perdida durante su regreso a Colombia desde Venezuela y reescrita en 1895-96, a un año de su muerte. DS refleja la historia de José Fernández de Andrade, alter-ego contradictorio, poseído por la sed de conocerlo todo e insatisfecho en una sociedad que no lo comprende. La novela, no publicada hasta 1925, y cuya valoración sólo comienza en los años sesenta de nuestro siglo, refleja el conflicto del artista latinoamericano finisecular, que se siente alienado en su entorno geográfico y cultural y busca una salida a su aislamiento a partir de la creación de mitos culturales.

Silva, que vivió en París de 1884 a 1886, refleja en DS cómo la ciudad francesa, capital del siglo XIX, pasa de ser la metrópoli idealizada con la que soñaba Fernández en Colombia —Meca erótica, literaria y cultural— a la encarnación del vicio de la enfermedad frente a la salud que representa América. El artista hispanoamericano finisecular escapó a una realidad burguesa hostil a través de la mitificación de ciertos lugares de cultura, entre los que destacó París. Fernando Aínsa comenta este hecho con gran lucidez:

[El movimiento centrífugo se inicia] como parte de una tensión activa entre el yo (lo que es propio del personaje) y el medio exterior, donde no encuentra la suficiente justificación o ayuda para evitar la desintegración de la identidad. Pero la meta de estos viajes, en lugar de encontrarse en el interior de América, lleva a la Europa "de donde provenimos" y con la cual se identifica una forma idealizada del Paraíso de los "orígenes" (AINSA: 214).

Pero pronto se revela el engaño que contiene la idealización de lo ajeno. José Fernández, "situado en el centro de la civilización europea, sueña con un París más grande, más hermoso, más rico, más perverso, más sabio, más sensual y más místico" (DS). Comienza a desarrollar una visión negativa de la ciudad, a la que describe como una prostituta:

Tú París, acaricias al viajero con la amplitud de tus elegantes avenidas, con la gracia latina de tus moradores, con la belleza armoniosa de tus edificios, ¡pero en el aire que en ti se respira se confunden olores de mujer y de polvos de arroz, de guiso y de peluquería! Eres una cortesana. Te amo despreciándote como se adora a ciertas mujeres que nos seducen con el sortilegio de su belleza sensual y sé bien que los pies de Helena no huellan tu suelo, ¡oh pérfida y voluptuosa Babilonia! (DS).

De Nini Rousset, una de sus amantes, comenta que "es una encarnación auténtica de toda la canallería y el vicio parisiense", y Consuelo, la mujer americana, espeta al protagonista su opinión sobre las mujeres francesas:

Estas de aquí serán más lindas y más elegantes, dijo; pero no saben querer. Aquí nadie quiere a nadie.

¿Sabes tú lo que a mí me parecen las parisienses? Muñecas vivas (...), añadió, soltando una carcajada.

¿Tú crees que alguna de éstas es capaz de querer como queremos nosotras? (DS).

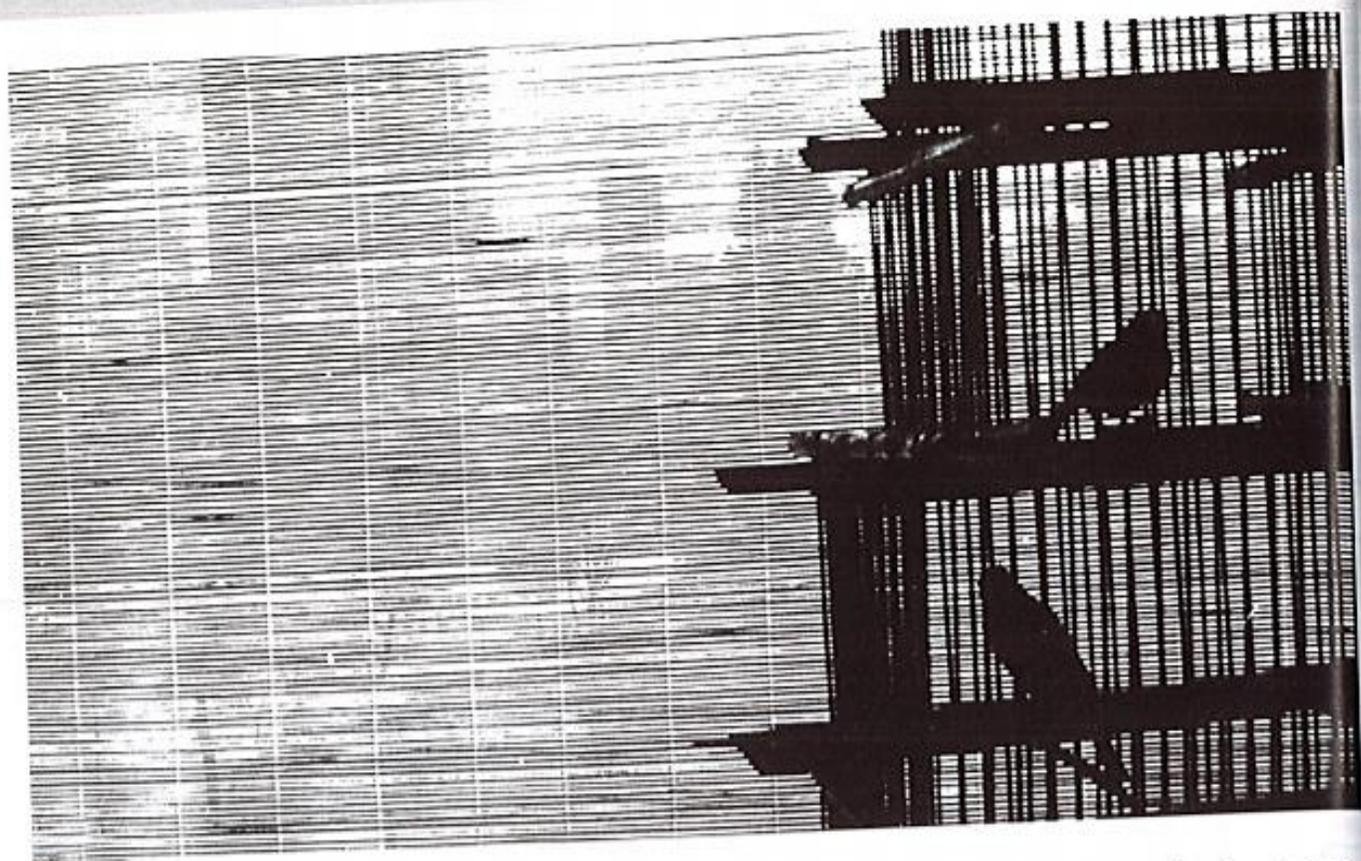
Esta visión corrupta de Europa provoca que Fernández sueñe con la realización de su amor con la etérea Helena en un escenario claramente americano:

Oye: en la tierra que me vio nacer hay un río caudaloso que se precipita en raudal salto desde las alturas de la altiplanicie fría hasta el fondo del cálido valle donde el sol calienta los follajes y dora los frutos de una flora para ti desconocida. Las cataratas del Niágara, profanadas por los ferrocarriles y por la canallería humana que va a divertirse en los hoteles que las rodean, son un lugar grotesco cerca de la majestad de templo del agreste sitio, donde cae en sábana de espumas, atronando el eco de las montañas seculares, el raudal poderoso.(...) Viviremos, cuando la vida de Europa te canse y quieras pedir impresiones nuevas a los grandiosos horizontes de las llanuras y a las cordilleras de mi patria, en aquel nido de águilas que por dentro será un nido de palomas blancas, lleno de susurros y caricias (DS).

El mito positivo de París continúa invirtiéndose con la identificación de la capital francesa y la enfermedad. La neurosis era el mal del siglo, del que se culpaba por encima de todo a la vida moderna, urbana por excelencia. Desde la naturaleza suiza París es descrita del siguiente modo: "las tentaciones enfermizas se respiran con el olor de cocina y de perfumería (...) y de mujer que flotan en el aire, cargado de efluvios de lascivia y de gérmenes de enfermedades mentales, de la Babilonia moderna"(DS).

Cuando vuelve a Francia Fernández escribe de nuevo en su diario: "desde el momento en que pisé esta ciudad me ha invadido un malestar indescriptible (...) no es una enfermedad porque ningún síntoma externo la traduce, ni lo acompaña dolor alguno, y mi cuerpo rebosa de vida"(DS). La "debilidad mental" y el "mortal decaimiento" lo llevan a no hacer "ningún movimiento para no gastar las escasas fuerzas que me quedan" (DS). Es un vampirismo reflejado en la siguiente frase: "Es como si por una herida invisible se me estuvieran yendo al tiempo la sangre y el





alma" (DS). Finalmente, la noche del 31 de diciembre (nótese lo significativo de la fecha en cuanto inicio de un nuevo ciclo) el protagonista sufre su encuentro final con las calles de París, por el que termina desmayándose:

Eran las once menos veinte minutos cuando salí al boulevard y me confundí con el río humano que por él circulaba. El aspecto de las barracas de año nuevo, negras sobre la blancura de la nieve, (...) los esqueletos descarnados de los árboles, que alcanzaban las desmedradas ramas hacia el cielo plomizo y bajo, y la misma animación de la multitud, ruidosa y alegre, aumentaron la horrible impresión que me dominaba. (...) Una mujer pálida y flaca, con cara de hambre, las mejillas y la boca teñidas de carmín, me hizo estremecer de pies a cabeza al tocarme la manga del pesado abrigo de pieles que me

envolvía, y sonó siniestramente en mis oídos el psit, psit, que le dirigió a un inglés obeso y sanguíneo, forrado en cheviotte gris, que se había detenido a mi lado y que se fue tras ella (...). Espesa niebla flotó ante mis ojos, una neuralgia violenta me atravesó la cabeza de sien a sien, como un rayo de dolor, y caí desplomado sobre el hielo (DS).

Finalmente, Fernández decide marcharse de una ciudad que consideraba venenosa para su salud y regresó a la patria. De este modo, el prejuicio general de que Silva fue un hombre fascinado por Europa y enemigo de su entorno comienza a negarse por sí mismo.

Fernández inicia en Europa una verdadera búsqueda de los orígenes. En el relato que enmarca la novela se le describe en sus diferentes actividades, entre

las que se encuentran "excursiones peligrosas a las regiones más desconocidas y malsanas de nuestro territorio para continuar tus estudios de prehistoria y antropología"(DS). Fernández reserva tiempo en un día cualquiera para el estudio de "diez páginas de una monografía sobre la raza azteca"(DS). En Suiza pide "que manden a Interlaken una multitud de cosas que me hacen falta, y voy mañana a prepararme a mi picacho sin llevar más libros que unos estudios de prehistoria americana, escritos por un alemán y un tratado de botánica" (DS). Más adelante, al incubar el plan de regeneración de su tierra decide pasar "unos meses entre las tribus salvajes, desconocidas para todos allá y que me aparecen como un elemento aprovechable para civilización por su vigor violento las unas, por su indolencia dejativa las otras" (DS).

La síntesis anhelada de la cultura europea y americana se observa simbólicamente en las dos esculturas presentes en su habitación según palabras de sus amigos: "presidía esa junta heteróclita el ídolo quichua que sacaste del fondo de un adoratorio, en tu última excursión, y una estatua griega de mármol blanco" (DS). Por ello, Fernández encuentra la solución a los males de Colombia en el mestizaje:

La inmigración (...) mezclada con las razas indígenas, con los antiguos dueños del suelo que hoy vegetan sumidos en la oscuridad miserable (...) poblará hasta los últimos rincones desiertos, labrará los campos, explotará las minas, traerá industrias nuevas, todas las industrias humanas (DS).

Un poco más adelante sueña con una ciudad ideal que equipare en sus librerías los productos culturales de los dos continentes:

Librerías que junten en sus estantes los libros europeos y americanos ofrecerán nobles placeres a su inteligencia y como flor de esos progresos materiales se podrá contemplar el desarrollo de un arte, de una ciencia, de una novela que tengan sabor netamente nacional y de una poesía que cante las viejas leyendas de aborígenes, la gloriosa epopeya de las guerras de emancipación, las bellezas naturales y el porvenir glorioso de la tierra regenerada (DS).

El ideal de que ambas sociedades se codeen de igual a igual se observa en la fiesta organizada por el rico colombiano en París:

La impresión verdaderamente grata que tuve fue ver mezclado lo más distinguido y simpático de la colonia hispano-americana con lo más linajudo y empingorotado del aristocrático barrio.(...) Duquesas vejanconas de tantísimas campanillas y retumbantes nombres, cuyo origen remonta a la Roma de los Antoninos, paseáronse del brazo de generales, ex-presidentes de nuestras repúblicas, que ostentaban uniformes más de oro que de paño; hubo miembro del Jockey Club que le hiciera la corte a una chicuela recién llegada, que tenía todavía en los ojos el recuerdo del cielo del trópico y en los oídos el rumor de la brisa entre los cafetales. (DS)

Pero esta síntesis soñada fracasa, e inmediatamente después de esta visión el protagonista confiesa el drama de su inadaptación: "para mis elegantes amigos europeos no dejaré nunca de ser un rastaquouère, que trata de codearse con ellos empinándose sobre sus largas talegas de oro; y para mis compatriotas no dejaré de ser un farolón que quería mostrarles hasta dónde ha logrado insinuarse en el gran mundo parisiense y en la high life cosmopolita" (DS).



Su soledad espiritual lo lleva a cultivar flores de su país en el invernadero parisino o a refugiarse en el coleccionismo de arte: "ambiciones que haciéndome encontrar estrecho el campo y vulgares las aventuras femeninas y mezquinos los negocios, me forzasteis a dejar la tierra (...) y venir a convertirme en restaquouère ridículo (...) el richissime américain don Joseph Fernández y Andrade compró tal cuadro de Raffaelli..." (DS).

Esta amarga cita refleja la enajenación del artista finisecular, su contradicción ideológica perpetua que sólo se solucionará a comienzos del siglo XX con la llegada del mundonovismo a la literatura. No nos extraña que poco después de escribir estas frases Silva se suicidara.

Sin embargo, espero que mis palabras hayan servido para demostrar que José Asunción Silva, al que recordamos hoy en el centenario de su muerte, no fue ajeno a su realidad, como muchos le criticaron, que la experiencia de Europa le sirvió precisamente para percatarse de los fallos del Viejo Mundo y de la necesidad de encontrar soluciones para su país. Como señala Jeffrey D. Needell, una de las mayores autoridades en la crítica de los movimientos ideológicos postcoloniales, con cuya cita acabo mi exposición:

Aquellos de nosotros que estudiamos los orígenes y la naturaleza de los movimientos antocoloniales hemos aprendido que, casi invariablemente, los mismos nacen entre los intelectuales que se hallan entre los dos mundos de la metrópoli y de la colonia y que son por ende más sensibles a la fricción en el ajuste, a la tensión inherente, a la cultura resultante (NEEDELL: 182).



BIBLIOGRAFÍA

- Atnsa, Fernando: *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura*. Madrid, Gredos, 1986.
- Needell, Jeffrey: "La sublime puerta: la influencia francesa sobre la literatura y los literatos brasileños, 1808-1914", en *Nuevas perspectivas en los estudios sobre historia urbana latinoamericana*. Jorge E. Hardoy y Richard P. Morse eds. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1989, págs. 167-183.
- Silva, José Asunción: *José Asunción Silva. Obra completa*, Héctor H. Orjuela ed. Madrid, CSIC, 1990.

